

Fernando Devoto

(Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires)

Darío Roldán

(Universidad Torcuato Di Tella / Conicet)

Las derechas, como cualquier otra tradición política, albergan distintos grupos o «familias» y heterogéneos y contradictorios componentes ideológicos. De límites imprecisos, su contorno se define mejor en momentos de polarización como el período entre las dos guerras mundiales. Por ello, su indagación puede realizarse de diferentes maneras: estudiando regímenes políticos, siguiendo a grupos o movimientos o indagando trayectorias individuales en sus complejos y mudables itinerarios. Las tres vías fueron exploradas en las distintas ponencias que especialistas de diferentes puntos del mundo presentaron en las jornadas internacionales realizadas en Buenos Aires, organizadas por el Instituto Ravignani de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, el Instituto de Altos Estudios de la Universidad Nacional de San Martín y la Universidad Di Tella en agosto de 2004. El dossier que presentamos reúne algunas de las ponencias discutidas en esa ocasión –modificadas por los autores para su publicación– concentrándose en algunas referencias europeas y latinoamericanas. Un segundo dossier reunirá, en el próximo número de la revista, las ponencias referidas a la Argentina.

El 28 de agosto de 1789, la Asamblea Constituyente francesa debate acerca de las nuevas instituciones que encauzarían la profunda crisis política que afectaba al reino. Ese día, se discutía en torno de la cuestión del veto real. A la derecha del presidente, se defendía el veto real; a su izquierda, se argumentaba a favor de limitar esa prerrogativa. Como se sabe, este episodio signa metafóricamente la irrupción de la díada izquierda y derecha. Es inevitable, no obstante, no reparar en una cierta similitud con la división parlamentaria surgida en Inglaterra, en ocasión de la crisis de Exclusión, entre quienes

reivindicaban la prerrogativa monárquica a favor de la decisión sucesoria y quienes defendían la prerrogativa parlamentaria. Esa división dio origen a los partidos Whig y Tory. La similitud, sin embargo, no puede pasar por alto una diferencia de peso: el debate en la constituyente francesa se hizo en el contexto que «creó» el modelo de revolución del mundo contemporáneo.

Así, la división entre izquierda y derecha quedó asociado con la ilusión, la utopía o el deseo de transformar radicalmente la sociedad y con la voluntad de evitarlo o, más tarde, de restaurar el pasado. Por razones imposibles de evocar ahora, la revolución francesa se despojó de su particularidad adquiriendo un carácter universal; la división que se anudó en sus inicios se constituyó en una metáfora, también ella universal, para pensar la división política. Desde este punto de vista, la revolución de 1830 introdujo una particularidad y selló esa distinción reactualizando el lazo que la unía, de un modo que parecía indisoluble, al episodio revolucionario. Luego de 1830, la tradición liberal, comprometida con el legado revolucionario, consideró a la revolución como parte del pasado; la sociedad había llegado al límite concebible de la transformación. Tocqueville lo diría con claridad: «Luego de lo que intentó y realizó la revolución francesa, no es tan fácil que pueda encontrar algo nuevo. No deseamos, por supuesto, innovar en el sentido de la desigualdad y del privilegio. Ahora bien, las únicas desigualdades que existen aún parecen derivar de la naturaleza del hombre. Tan es así que, hasta ahora, han sido la base común y necesaria sobre la cual se han reposado todas las sociedades. Se trata de las desigualdades que resultan del matrimonio, de la herencia, de la familia, finalmente, de la propiedad. Esas son las únicas desigualdades que faltan por destruir. Para hacer una gran revolución no basta con atacar las leyes particulares de Francia: se trata de atacar las instituciones que rigen todos los pueblos desde que existen los pueblos; no sólo habría que salir de la constitución; habría que salir de la humanidad». La tradición democrática y republicana, al contrario, persistió en considerar la revolución como una tarea a completar hacia el futuro. La tradición liberal adquirió una tonalidad conservadora y la democrática acentuó su carácter revolucionario.

Pero si ambas tradiciones anudaron entonces vínculos y motivos de diferentes procedencias, lo que contribuyó a complejizar el panorama ideológico de la segunda mitad del siglo XIX, el universo de las derechas se nutrió también –y de modo perdurable– de otras tradiciones igualmente surgidas en el contexto revolucionario y explícitamente opuestas a él: el pensamiento tradicionalista y el reaccionario. Ya sea en su versión más conservadora,

inscrita en la defensa de la prescripción, del Common Law y de la tradición, haciendo de la Historia un terreno de experimentación apto para juzgar la bondad de las instituciones que hubieran podido «traspasarla» y, diferencia importante, en ámbitos protestantes –cuya figura central es E. Burke– o en su versión católica, anti-contractualista, anti-individualista y reaccionaria –inspirada por J. de Maestre– ambas nutrieron también lo que aquí aludimos con la fórmula de las «raíces ideológicas». Las múltiples referencias que los trabajos incluyen a los autores involucrados en ambas atestiguan no sólo su importancia sino, sobre todo, su perdurabilidad.

Cuando, en el contexto definido por la crisis de las democracias liberales, por la primera guerra mundial y por la revolución rusa, el debate político e ideológico se polarizó, los motivos tradicionalistas, conservadores y reaccionarios forjados en aquellas lejanas décadas estuvieron allí disponibles para ensamblarse con diagnósticos más contemporáneos referidos a problemas nuevos pero pensados en diálogo, en contraste y en continuidad con algunos de los conceptos o ideas fundamentales elaborados al calor de la revolución. Si nada hay en ello de sorprendente es porque los propios revolucionarios del período se pensaban, también, inscritos en el surco abierto por la primera experiencia revolucionaria. Igual que antes, la referencia a la revolución –como concepto, método de acción política, desatino, modelo o antimodelo– es esencial para la comprensión de ese debate ideológico.

Esta caracterización general constituye el trasfondo de los trabajos que se discutieron en las Jornadas centrados en torno del fascismo y de otras tradiciones políticas que compartían puntos de vista con él aun cuando no se reconocieran en ese término (o no lo emplearan asiduamente). Una primera cuestión en debate es, entonces, en torno a las palabras. Fascismo, por ejemplo, he ahí un término polisémico aplicado extensivamente a personas, movimientos de ideas o regímenes. Desde luego, parte del problema reside en que el término es, a la vez, un epíteto político empleado para insultar a un adversario y un instrumento analítico con el cual se busca delimitar un conjunto de fenómenos que tendrían algunas propiedades en común. Abandonando el primer uso, los desacuerdos en sede académica no son menores. Un modo de ordenar el debate es diferenciar entre los movimientos político-ideológicos y los regímenes a que dieron (o no) lugar. Acerca de los primeros existe un razonable consenso en caracterizar al fascismo, sea que se busquen sus orígenes en la Francia anterior a la Primera Guerra Mundial o en la Italia inmediatamente posterior, como un producto de la crisis de la cultura europea. Los vínculos con diferentes tradiciones y algunas de sus

particularidades nacionales son analizados para el caso italiano por Snajder quien se ocupa de los vasos comunicantes entre el fascismo y el sindicalismo revolucionario.

La ubicación inicial, en la izquierda de los sistemas políticos (al menos del movimiento que da origen al vocablo)), sus ambiciones de modernidad, su apelación a las masas, la representación que éstos hacen de sí mismos como «revolucionarios», el carácter «palingenésico» de su discurso ultranacionalista, los distinguen analíticamente de otros movimientos tradicionalistas y reaccionarios crecidos también al amparo de la crisis abierta en el mundo de entreguerras, fuesen nacionalistas o regionalistas, católicos o anticlericales. Empero esas distinciones no permiten ignorar préstamos, climas compartidos, interrelaciones y puntos de tránsito entre unos y otros. Es el caso, por ejemplo, que ilustra el original artículo de Núñez Seixas quien, a partir del derrotero de algunas trayectorias individuales –pero especialmente centrado en Martín de Arrizubieta– se interroga acerca de los canales de pasaje y de contacto entre el universo de las derechas españolas, los nacionalismos (centrales o periféricos), el nazismo y otros movimientos posteriores.

Se arriba así a un primer problema general. Dentro de las derechas autoritarias europeas las variedades y los matices deben ser contemplados a la par o aun por sobre los elementos comunes. Una heterogeneidad de motivos se combina de modo distinto según los casos nacionales. ¿Basta con que un movimiento político o un régimen contenga rasgos fascistas para considerarlo tal? Visto además que en ellos convergían no sólo los fascistas originarios sino otros actores (reaccionarios, conservadores o aun sedicentes liberales) una cuestión parece ser la de las proporciones en la mezcla. Varios regimenes europeos, el franquismo, el salazarismo y Vichy, suscitan debates acerca de si se los debe considerar homólogos al fascismo italiano o al rumano o al nacionalsocialismo alemán. Un punto importante de diferenciación es el grado de apelación a la movilización activa de amplios conjuntos sociales y la efectiva voluntad o capacidad de lograrlo. He ahí un buen argumento para explorar las interacciones, conflictos y compromisos entre fascistas, reaccionarios y conservadores. En general, en la historiografía actual, predomina la perspectiva de distinguir entre movimientos y regimenes autoritarios/totalitarios fascistas y otros simplemente reaccionarios con componentes o rasgos fascistoides.

Si esa situación heterogénea se da en el contexto europeo ¿cuáles no serán las dificultades de encontrar homologaciones en los mundos intelectuales y en las soluciones políticas, siempre eclécticas, iberoamericanas? Sin embar-

go, más allá de las insalvables diferencias, la historiografía sobre las ideas, los movimientos y los regímenes de derecha autoritaria europea puede ayudar de otro modo a los estudios sobre los mundos sudamericanos. Ante todo, mostrando todo el provecho que puede extraerse de nuevas perspectivas o de una atención hacia determinados objetos. En relación con los regímenes políticos «fascistas» o «fascistizados» debe constatarse la pérdida de centralidad de las interpretaciones económicas (por ejemplo, expresión del gran capital) o sociales clásicas (régimen de las clases medias). En el caso de estas últimas, porque numerosos estudios recientes han verificado que gozaron del apoyo de diferentes sectores sociales, incluidas franjas no desdeñables de la clase obrera. En cualquier caso, las investigaciones más prometedoras se han desplazado hacia otros temas. Dado que se trataba de movimientos o regímenes de masas, el interés se dirige hacia ellas y hacia las razones que pudieron orientarlas en una particular situación histórica hacia ese tipo de propuesta política y con qué límites. También han adquirido nuevo vigor los análisis en torno a los recurrentes e irresueltos conflictos internos, a las dimensiones mitológicas (en tanto muchos de ellos se presentaban como una «religión política») y a las organizativas: la administración, las corporaciones y aun los partidos, en la convicción de que su papel no era siempre desdeñable.

Desde aquel vivero europeo, ideas y ejemplos irradiaron hacia otros contextos extraeuropeos anclándose mayoritariamente en el espacio de las derechas. En Iberoamérica fueron absorbidos y mezclados con otras tradiciones ideológicas preexistentes, por grupos o intelectuales que en ocasiones intentaron síntesis novedosas que no pueden ser reducidas sin más a aquellos componentes de importación. Dos ejemplos ilustran adecuadamente el tema: el de los autoritarios brasileños ligados al régimen de Getulio Vargas o de aquellos anteriores a él y el de muchos conservadores uruguayos, tal como puede percibirse en los trabajos de Beired, Castro Gomes y Barrán. La influencia en ellos de pensadores antiliberales europeos y la simpatía hacia distintos modelos (del mismo fascismo italiano al corporativismo portugués) se modulaban en propuestas heterogéneas que operaban sobre sociedades y sistemas políticos muy diferentes entre sí y con aquellas que proveían los casos europeos. El modelo, en tantos aspectos contradictorio, de una inclusiva «democracia social» autoritaria sin democracia política, que hicieron suyo algunos intelectuales brasileños, divergía no sólo de los ejemplos europeos sino del de los jerárquicos conservadores uruguayos: democracia política basada en la centralidad de los

partidos aunada a motivos antiliberales. La imagen predominantemente positiva de Vargas y el varguismo, perceptible en Brasil en la recurrencia de los cincuenta años de la muerte de su líder, como muestra Castro Gomes, o la perennidad de la figura de Luis Alberto de Herrera, explorada por José Pedro Barrán, como lugar de memoria de una de las tradiciones mayores de la política uruguaya (y a la vez parte incolmable del «panteón» nacional) sugieren que la función histórica de esos hombres y de esos movimientos fue diferente y menos epocal que las de sus supuestos congéneres de los autoritarismo/totalitarismos europeos de entreguerras.

Finalmente, la organización de las Jornadas y la publicación de estos dossiers no se agotan en una perspectiva exclusivamente académica aunque legítimamente podría hacerlo. Por las contribuciones y los debates que suscitaron y el interés que despertaron, interpelan a los historiadores profesionales quienes, quizás demasiado preocupados en los últimos años por temas cada vez más extravagantes, podrían retornar a pensar aquellos problemas que siguen estando en el centro del interés de sus sociedades y a partir de allí reconciliarse con el papel que irrenunciablemente deben jugar en éstas antes que lamentarse con impotencia, amargura y resignación acerca de que ese lugar ha sido usurpado por otros.